

Profesión PAPÁS

Cómo orientar el futuro de sus hijos: educar para el bienestar

Augusto Pérez Gómez, Ph.D.

Con la colaboración de Marcela Correa Muñoz, Leonardo Aja Eslava, Luis Ángel Parra Garcés y Eduardo Villar Concha.

Publicado por:
Dupligráficas Ltda.
Bogotá, D.C. - Colombia
dupligráficas@cable.net.co
d.upligra@gmail.com
ISBN: 978-958-57904-1-4

INTRODUCCIÓN

En el año 2012 el periódico El Espectador le pidió a la Unión Temporal Nuevos Rumbos-Mejores Amigos que escribiera una serie de fascículos dirigidos a los padres de familia en los que se analizaran algunos de los principales problemas que surgen cuando los hijos llegan a la adolescencia. El éxito de los fascículos fue evidente desde los primeros números.

Teniendo en cuenta la muy limitada disponibilidad de materiales accesibles en los que se analicen las numerosas situaciones que con frecuencia se convierten en quebraderos de cabeza cuando los hijos empiezan a crecer, Nuevos Rumbos tomó la decisión de organizar la publicación original de una manera diferente, cambió algunos títulos y agregó un nuevo capítulo; en ese trabajo me ayudó mucho Juliana Mejía. Así surgió este libro.

Esperamos que su contenido pueda ser aprovechado para ampliar la visión de los padres sobre sus hijos; que los “tips” que se presentan contribuyan a resolver algunas situaciones que pueden volverse complicadas; que sus contenidos inviten a reflexionar, a dialogar y a buscar alternativas a conflictos que en otras épocas se resolvían de manera autoritaria y producían fracturas en las relaciones y en las emociones; y que ayude a los padres a entender que ellos saben mucho más sobre casi todo que sus hijos, así estos puedan derrotarlos en segundos manejando un celular de última generación o en un juego electrónico desafiante y complejo.

A Marcela, Leonardo, Luis Ángel y Eduardo, gracias por sus aportes.

A.P.G., agosto de 2013

2

¿CÓMO SER BUENOS PADRES?

Para la gran mayoría de las personas, el hecho de convertirse en padres significa una transformación radical de la existencia: primero, por el impacto emocional asociado al verse, de alguna manera, perpetuado en un nuevo ser; luego, porque la cotidianidad se modifica de manera total, y los tiempos se convierten en los tiempos del bebé; después, porque las prioridades se alteran y ponen, de un día para otro, al nuevo ser de primero en la lista. Cuando las personas se casan suelen decirse “Hasta que la muerte nos separe”, pero esta frase es mucho más real con los hijos: uno solo deja de ser padre o madre cuando deja de vivir. Así, el tener un hijo significa un compromiso para toda la vida, que no se suspende en ningún momento de esa existencia.

Durante milenios se asumió que ser padre o madre era algo que “se llevaba en la sangre”, “en los genes”, que era “instintivo”. El siglo XX creó el consumismo a ultranza y promocionó la idea según la cual todo asunto, incluyendo los más nimios, debe ser resuelto por “especialistas”; así, se impuso en las mentes de

Occidente una idea que hace 70 años, y de ahí hacia atrás hasta donde llegan los recuerdos de la historia humana, habría sido considerada como perfectamente ridícula: que para ser padre y madre hay que estar consultando a toda hora los libros y artículos de “especialistas” que les dirán cómo resolver cualquier problema. Semejante idea llenó de temor a padres y madres, y los hizo agregar a la canasta familiar la revista semanal o mensual sobre “cómo criar a los hijos”, una industria formidablemente rentable... y llena de mentiras o de lugares comunes.

La inseguridad resultante ha provocado, sin duda, transformaciones negativas en las relaciones entre padres e hijos: los primeros nunca saben qué hacer frente a ninguna situación (“antes de actuar hay que consultar” retumba en sus cabezas), temen equivocarse y provocar supuestos “traumas”, y se quedan paralizados; los segundos perciben de inmediato esta inseguridad, y proceden a hacer, sin vacilación alguna, lo que les provoca, situación que puede irse agravando a medida que crecen; esto, por lo menos con sus padres, porque en otros contextos se darán cuenta de que las cosas son a otro precio.

Para ser buenos padres y madres basta con aplicar el sentido común, que en general encuentra sustento en investigaciones muy serias. Muchas personas pueden encontrar obvias las líneas de conducta que se proponen a continuación; pero en conjunto resultarán útiles como guías generales para muchos padres de familia con hijos pequeños y adolescentes. La situación ideal es que las acciones concretas que se deriven de lo que sigue sean producto de un acuerdo entre los padres, lo cual les proporcionará mayor consistencia.

El decálogo (más uno) de los buenos padres y madres

1. Generan unas pautas educativas congruentes que crean un ambiente estable, predecible y seguro para los hijos durante su desarrollo. Estas pautas no tendrán que inventárselas: existen y son conocidas desde hace muchos siglos; lo que ha cambiado son algunas modalidades de aplicación. Por ejemplo, el niño debe aprender que todo lo que haga tendrá consecuencias, positivas o negativas; hasta hace pocos decenios esta “ley natural” era reforzada con castigos físicos, mientras en la actualidad el castigo físico se considera una estrategia inadecuada. Pero el principio básico (“todo acto tendrá consecuencias”) no ha cambiado ni debe cambiar, pues es la regla de oro de todo proceso formativo de los seres humanos.
2. Consistente con lo anterior, generan un conjunto de normas claras de interacción entre los miembros de la familia y con el exterior; esto permite señalar los “Non plus ultra” (“De aquí no puedes pasar”): en último término, se trata de definir los valores básicos, aquellos que permiten saber qué está bien y qué no lo está, qué se puede hacer y qué no, y por qué.
3. Promueven un diálogo y una comunicación permanentes, que fluyen de manera ininterrumpida; es decir, siempre es posible hablar (aun cuando en ocasiones hay que escoger el momento apropiado) y no existen, en el punto de partida, temas tabú. No hay dobles mensajes, ni se usan expresiones hirientes o despectivas. Esto es válido en la relación entre la pareja (que será el modelo que los hijos tenderán a imitar), entre los padres y los hijos y entre los hijos mismos.
4. Los buenos padres y madres dan buen ejemplo. No se puede predicar algo que uno no está dispuesto a hacer; pero no se confunda: los adultos tienen

derechos que los niños no tienen, y viceversa. El buen ejemplo consiste en no hacer cosas que incluso los niños saben que están mal: embriagarse (por oposición a tomarse una copa de vino), no respetar las señales de tráfico, comprar películas o libros piratas.

5. No todos los seres humanos son iguales, y por ello no deben ni pueden proponerse comportamientos acartonados y rígidos. Algunos padres y madres son muy serios, otros son severos, algunos son habladores y otros no. Pero todos deben ser justos: deben escuchar y preguntar antes de acusar; deben cumplir sus compromisos; deben evaluar las situaciones antes de decidir; deben evitar castigar cuando estén emocionalmente alterados.
6. Estimulan la autonomía de una manera responsable y acorde con la edad. No es estimular la autonomía enviar a un niño de cinco años a que atraviese solo una gran ciudad en bus, como no lo es el impedirselo a un joven de 17 años.
7. Nunca se desautorizan delante de los hijos, y resuelven sus diferencias a puerta cerrada. Esta puede parecer una verdad de Perogrullo, pero la realidad es que en una importante proporción de familias ocurre todo lo contrario.
8. Tienen actividades y tiempos compartidos. Hay en la actualidad una deplorable tendencia a considerar “normal” el que cada miembro de la familia se encierre en sus propias actividades y a que la comunicación se reduzca al saludo y la despedida. La inmensa disponibilidad de equipos electrónicos de toda clase ha llevado a que cada quien vea televisión en su habitación, e incluso durante las comidas, y se invierte, por ejemplo, un tiempo enorme en leer y responder correos electrónicos a través de los

teléfonos celulares en situaciones en las que se supondría que esto no debe hacerse. Los buenos padres deben poner normas muy precisas sobre todos estos comportamientos, y como siempre, deben comenzar dando ejemplo.

9. Promueven la espiritualidad, es decir, la búsqueda incesante de ser mejores personas. Esta búsqueda puede estar relacionada o no con actividades de tipo religioso que van mucho más allá de los ritos; es mucho más espiritual ayudar a una anciana a cruzar la calle (un minuto) que asistir a una ceremonia religiosa “por cumplir” (una hora).
10. Estimulan un sentido de pertenencia familiar: la toma de distancia progresiva de los hijos con respecto a sus padres a medida que crecen, no significa una ruptura. Si los padres siempre serán padres, los hijos siempre serán hijos, miembros de un núcleo de personas unidas por unos lazos, en principio, indestructibles. La tendencia natural es a que esto ocurra, sin necesidad de gran esfuerzo; pero los padres y los hijos pueden, desafortunadamente, actuar de tal forma que esos vínculos se lesionen, lo cual constituye una pérdida para todos.
11. Estimulan la participación creciente en la toma de decisiones. Aun cuando, como hemos dicho en otros fascículos, la familia no funciona como una democracia (no se elige quién va a ser este año el padre, ni se vota por el idioma materno), a medida que los hijos crecen pueden ir tomando un papel más activo en las decisiones que afectan a todo el grupo familiar. El logro de unos niveles de comunicación adecuados y el clima general amable y de convivencia en la familia hará que este proceso se dé de manera espontánea, sin necesidad de debates eternos ni de consultas a “expertos”.

ALGUNOS TIPS

- Siempre debe existir una proporcionalidad entre lo que ocurre (comportamientos) y las recompensas y los castigos. El no hacerlo provoca decepción y sentimiento de injusticia.
- Aun cuando no siempre es posible, debe procurarse premiar y sancionar conductas previamente consideradas como deseables (recompensas) o indeseables (castigos o sanciones). Esto no debe impedir premiar las iniciativas positivas.
- La sobreprotección genera hijos inseguros, pues el mensaje que se está enviando es “Yo sé que tú no eres capaz, por eso yo te hago todo”. Aun cuando no lo verbalicen, los hijos perciben ese significado con claridad.
- Si va a hacer juicios, juzgue el comportamiento, no a la persona: “Lo que hiciste está mal” es totalmente diferente a “Tu eres malo”.